



Conferencia Europea

Homenaje a José Antonio Jáuregui

Pamplona, 17 de noviembre de 2005

Laudatio

D. Florencio Lasaga, Consejero de El Corte Inglés

Excmo. Sres. Consejeros del Gobierno de Navarra
Revdmo. Sr. Arzobispo de Pamplona y Tudela
Queridas autoridades
Querido Presidente y Miembros de Institución Futuro
Querido Marcelino
Queridos amigos
Queridos David y Maite
Queridísima Dorita

Agradezco a todos concederme el honor de poder elogiar a mi amigo José Antonio Jáuregui. Estamos aquí para recordar a un hombre realmente singular: un académico de gran erudición y de una aún mayor sencillez, que comunicaba su sabiduría al gran público, además de mantenerle entretenido; un apasionado fundador de Facultades, Academias, y mil y un proyectos, que sin embargo, siempre tenía tiempo para su



mujer y sus cinco hijos; un crítico social incansable, que nunca perdió la fe y la esperanza en el potencial del ser humano para la solidaridad, el sacrificio y la auténtica humanidad.

Nacido en Eguillor, un pequeño pueblecito del valle de Ollo, a 15 Km. de Pamplona, sus inquietudes intelectuales y espirituales le fueron llevando cada vez más lejos. Primero al seminario en Pamplona, luego a Francia con la orden de misioneros de los Padres Blancos, después a cursar estudios de filosofía en la Universidad Gregoriana de Roma y de antropología en la Universidad de Oxford, y durante siete años a la Universidad del Sur de California en Los Ángeles, en la que ejerció como *visiting professor*. Se formó con uno de los fundadores de la antropología británica, Sir Edward Evans Pritchard, y con el eminente filósofo español Salvador de Madariaga, y a lo largo de su vida cultivó la amistad con algunas de las grandes personalidades de nuestro tiempo: Umberto Eco, Andrés Segovia, Edward Wilson, Félix Rodríguez de la Fuente, José Saramago, Heinrich Rohrer, Camilo José Cela,



Severo Ochoa, Ilya Prigogine, Jordi Savall, Ramón Areces, Vicente Ferrer, Joaquín Rodrigo, Pablo Sorozábal, José María Gironella y muchos más.

Sin embargo, siempre llevó a España en su ordenador cerebral, como él decía. De hecho, uno de sus temas recurrentes fue precisamente la unidad cultural de España, una unidad, que como en cualquier otra cultura, se nutre de otras tantas influencias externas y se compone de numerosas variantes internas. Defendió esta unidad y la enorme contribución de nuestro país a la cultura europea y mundial en libros como *España Vertebrada* o series de radio y televisión como *España Entera*. Nunca dejó de ser navarro, un buen navarro, y después de volver de Estados Unidos participó activamente en la fundación de la *Universidad Pública de Navarra*, a la que trajo eminentes personajes, como el Dalai Lama, y contribuyó al monumento a la Libertad, construido con varias toneladas del muro de Berlín.



José Antonio defendió, sobre todo, las raíces humanas. Era consciente de los vínculos que nos unen a todos, los valores humanos, las preocupaciones universales, las debilidades que todos llevamos dentro y también las fortalezas. Esa profunda humanidad de Jáuregui, no sólo en la teoría sino especialmente en la práctica, era lo que le proporcionaba esa asombrosa capacidad que tenía para comunicarse o incluso para entablar amistad con cualquiera al instante, y como dice su hijo Eduardo “ era capaz de entablar una amistad íntima durante un viaje en ascensor. De hecho acuñó una frase “amistades íntimas efímeras” para describir este tipo de vínculo.”

Su personalidad le llevaba a tratar con naturalidad a reyes y fontaneros, a embajadores y a sus chóferes, a directores de banco y a los estudiantes de las cinco universidades, en las que enseñó.

Y junto con su apasionado entusiasmo por todo lo que hacía, esta humanidad le convertía en un vendedor de primerísima categoría. Puedo asegurarles, desde mi

experiencia en el mundo de los negocios, que si José Antonio se hubiera dedicado a la venta, podría haber montado un imperio comercial. Pero él sólo vendía ideas, y sus ideas no eran muy rentables, hablando en términos económicos. Le advertí, en varias ocasiones, cuando se quejaba de las penurias económicas, que estaba peleado con el dinero y él me contestaba que aspiraba si no a un *modus vivendi*, sí al menos, a un *modus tirandi*, como académico con cinco hijos. De esto sabe mucho la banquera de la Ulzama, como llamaba cariñosamente a su mujer Dorita.

José Antonio Jáuregui fue, sin duda, uno de los pensadores más originales y clarividentes de nuestra época, que nos ayudó a muchos de nosotros a encontrarnos. Le tocó vivir una época compleja y de cambios sociales y políticos, y el mundo en transición de la guerra fría a la globalización. Fue además el inicio de la era de la información, en la que cada vez tenemos más conocimientos científicos, más posibilidades para educarnos y más noticias de última hora, desde todo el mundo,



aunque no necesariamente más sabiduría. En esta época de cambios y proliferación informativa, cada vez cuesta más analizar la realidad sin dejarse llevar por el caos o incluso la manipulación. Pero José Antonio era capaz de ello. Nunca le importaron modas, ni se alió con ningún partido o ideología. Leía en griego y latín a los clásicos, Aristóteles, Platón, Séneca, Cicerón y otros. Y desde su perspectiva de antropólogo curioso, tenía el don de abrirse camino entre la maleza de datos y descubrir lo esencial de cualquier fenómeno complejo.

En los años setenta, se hizo célebre a través de su libro y su serie de televisión *Las Reglas del Juego*, en la que se atrevió a llamar “tribus” a las sociedades modernas y ayudó, a toda una generación de españoles, a comprender la reciente y turbulenta historia de naciones y nacionalismos que se había desarrollado en el siglo veinte en España, en Europa y en todo el mundo. Desde entonces, con sus libros, sus series de televisión, sus conferencias y artículos de opinión, continuó iluminándonos sobre los temas más variopintos: la relación entre los sexos, el



papel de las emociones en el comportamiento, la cultura europea, la identidad humana y, en su obra póstuma, de próxima publicación, la relación entre el ser humano y los demás animales de la fauna terrestre.

Dentro de todo este vasto y valiosísimo legado intelectual encontramos teorías audaces, análisis deslumbrantes, anécdotas divertidísimas y una apabullante erudición. Pero quizás lo más valioso de todo ello es algo mucho más sencillo: la capacidad que tienen las palabras de Jáuregui, no solo de transmitir conocimientos, sino de estimular al lector a pensar en libertad. Le gustaba citar a este propósito el chiste de los aldeanos que iban a enterrar a un vecino, cuando de repente el muerto les dijo desde la caja a quienes lo llevaban: “No me enterréis que no estoy muerto”. “Sí hombre, tú vas a saber más que los médicos”, le replicaron los aldeanos. Hoy podemos afirmar que Jáuregui tampoco está muerto, que sigue vivo en nuestros corazones, y que sigue animándonos a desafiar y contradecir a



los médicos, a los académicos, a los publicistas e incluso a él mismo en busca de la verdad.

José Antonio Jáuregui a lo largo de toda su vida supo transmitir con su amistad y cariño, a todos los que le conocimos, sus inquietudes y convicciones, siempre desde una firme espiritualidad cristiana.

Muchas gracias.